

# Los diez mandamientos de la ley de Els Joglars

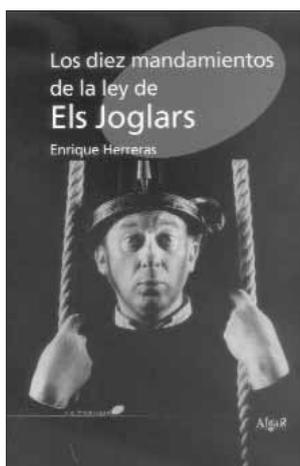
de Enrique Herreras

Fermin Cabal

Los diez mandamientos de la ley de Els Joglars

de Enrique Herreras

Edición Algar Editorial. Alsira 2005



El título del libro, que hace referencia al decálogo que el profeta Boadella enunció, emulando a Moisés, a fines de los años noventa, ya nos anuncia el tono religioso de la afeción que el autor profesa hacia su personaje. Enrique Herreras, que es autor de un inteligente análisis acerca del teatro vanguardista parisino de los cincuenta, *Una lectura naturalista del teatro del absurdo*, abandona aquí todo rigor crítico y hace gala de una supuesta jovialidad, entusiasta y admirativa, que perjudica notablemente a su libro.

El propio Boadella en sus *Memorias de un bufón* ha sido mucho más crítico, para bien de sus lectores, con sus espectáculos, explicando las condiciones en que surgieron, y las limitaciones económicas, estéticas y de madurez personal que influyeron en los respectivos procesos. Así, de *La torna*, la obra probablemente más conocida y menos vista del grupo, dice: «Todo lo que la obra tenía de impactante, tenía de falta de contraste sutil o delicado para conseguir plenamente el juego alternativo de la contención y la explosión». De *Olimpic Man Movement* comenta: «No había manera de conseguir unos fascistas convincentes, pues sin darse cuenta (los actores) se distanciaban del personaje, como si quisieran demostrar que íntimamente no eran como aquellos totalitarios». De *Mary D'ous* afirma: «Fue una lástima desviar el brillante arranque de *Mary D'ous*, implantando anécdotas que sólo servían para desahogar en aquel momento frustraciones pseudosubversivas, sin ellas, la obra hubiera resultado mucho más fluida».

Arrebatado por una euforia quizá dionisiaca, Herreras no plantea la menor objeción a su ídolo, sin duda uno de los grandes talentos del teatro español contemporáneo, y se limita a trazar un esbozo de su itinerario creativo, y a comentar jocosamente el citado decálogo, que ha sufrido, curiosamente algunas transformaciones desde que fuera recogido en las *Memorias de un bufón*. Y así vemos como el segundo mandamiento, «asilvestrado», pasa a

ser nada menos que «agropecuario», o el tercero: «antidogmático», que pasa a ser, más sosegadamente, «escéptico». En cambio el quinto, marcha en dirección contraria y el profeta ya no requiere ser «desconfiado», sino que propone nada menos que ser «vengativo». O el octavo, donde el viejo «practicar el mal gusto», parecía frío y ha sido elevado en su nivel de exigencia hasta la pura contricción «amar el mal gusto».

Quizá lo más endeble del estudio de Herreras sea el enfoque de la delicada noción de «colectivo» que supuestamente detenta Els Joglars. Se permite criticar a la casi totalidad de los grupos independientes de la época en un análisis que seguramente es correcto, pero del que excluye beatíficamente al «grupo» de sus amores: «Lo bien cierto (asegura categóricamente) es que el movimiento independiente perdió buena parte de su fuelle, entre otras cosas porque una parte de su público abandonó el pedigrí revolucionario que tenía en la época del franquismo, o porque muchos de sus miembros pasaron a engrosar las filas de la gestión cultural. Els Joglars fue una de las escasas experiencias que pasaron el embudo de la Transición, pero sin perder un ápice de sus orígenes, como hicieron otros grupos, más apegados a la nueva era, o a vivir de ayudas públicas, o a conformar un teatro comercial de nuevo cuño (también subvencionado)».

A mí me parece que esta es una visión muy pía de lo que realmente ocurrió, y el propio Boadella, aunque insiste en mostrarse detrás de la máscara del supuesto colectivo, ha dejado, con su habitual desparpajo, muy claro el asunto en las citadas *Memorias*: «Desde la reunión de Ginebra del año 67 (momento fundacional de la nueva andadura del grupo) el nombre (Els Joglars) estaba hipostáticamente unido a mi manera de entender un trabajo escénico, tal como la ulterior historia demostraría con claridad meridiana. Por lo tanto, no había posibilidad de partir o ceder un nombre sin caer en la falsificación». No nos engañe-

mos: Els Joglars es Boadella, y Boadella es Els Joglars, hipostáticamente unidos. Este es el dogma y lo demás son herejías. Y a lo largo de los años, Boadella ha ido escogiendo a la gente que le interesaba e incorporándola a esa disciplina de trabajo común que siempre está en la base de una compañía estable. Es verdad que en los primeros tiempos, la feliz «jipilandia» antifascista, todo empujaba a que se creyera que las cosas eran de muy otra forma, pero de hecho, las formaciones de la compañía han ido renovándose desde el primer momento a buen paso. Y tras el Serrallonga, con la defecación por unas causas u otras de La Rognoni y de Sorribas, la personalidad de Albert Boadella ha reinado en todo su esplendor, por lo menos hasta la entrada de ese otro monstruo de la naturaleza que es Ramón Fontseré, discípulo amado del maestro.

Creo que hace falta, por lo menos a mí me interesa, un estudio serio de los métodos de creación que utiliza Boadella. Del criterio de formación que mantiene en el grupo para integrar a los nuevos incorporados. También me gustaría algún día ver un análisis acerca de la progresiva aparición de la palabra en sus espectáculos y de la deriva desde la priorización del rol del director hasta el autoejercicio como dramaturgo. Porque yo sospecho que Boadella es hijo de su tiempo y que en él se dan muchas de las circunstancias que concurren en otros directores de su edad. Si tomamos a la gente que está hoy en la sesentena podemos constatar que casi todos los dramaturgos de ese grupo generacional (con la excepción notable de Benet y Jornet) eran hace treinta años directores de escena que se manifestaban hostiles a reconocer el lugar del dramaturgo, que desconfiaban de la palabra como vehículo de expresión poética, sustituyéndola por otros lenguajes paralelos, y que en consecuencia despreciaban la tradición teatral en la que se encontraban comprendidos. Es el caso de Sanchis Sinistera, de Margallo, de Alonso de Santos, y de tantos otros, que como Boadella, han ido madurando y huyendo de las simplificaciones brutales, y autocomplacientes, que eran moneda corriente en los setenta. El iconoclasta Boadella supo evadir esa trampa y no se corta un pelo al despellejar a los popes de la estupidez teatral contemporánea. Dice de Bob Wilson, a propósito de *Cartas a la Reina Victoria*: «En la obra no había ni cartas, ni aparecía la inefable reina; más bien era un

conglomerado de gestos, movimientos y efectos luminitécnicos. O sea, un auténtico galimatías que reflejaba el desorden crematístico e indocumentado en que navegaba su creador». O esta otra, dirigida al mismísimo Grotowsky: «La representación (*Apocalipsis Configuris*) era una serie de contorsiones crispadas, recitando el texto con idéntica rigidez, a fin de transformar cualquier nimiedad en un rito sadomasoquista. Después de unos inacabables minutos de espasmos, fui presa de unas irreprimibles ganas de reír, y cuanto más histéricos se ponían en escena, más divertido lo encontraba. (...) Era lastimoso ver como aquellos pobres actores, que quizá habían sufrido mucho para llegar a elaborar tal exhibición de sofisticadas voces y contorsiones, no conseguían ni con mucho la emoción trágica que obtendrían de un simple verso de los clásicos». Iconoclastia, ingenio y sentido del humor. Algo que se desprende de las mejores obras de Albert, de ese dramaturgo que ha crecido oculto entre las humildes máscaras del teatro, hasta mostrarse ya abiertamente en los últimos años como lo que es: un dramaturgo-director, que aspira a la creación global de sus espectáculos. Y ya me gustaría tener entre las manos una auténtica lectura boadelliana del teatro de Boadella. Sería un material precioso desde el punto de vista de la historia y la pedagogía de la escena.

En fin, el libro de Herreras, evidentemente no va por ahí, es un libro de divulgación, supongo, y hay que reconocer que es ameno, bien documentado a ratos, y como era de esperar de la inteligencia de su autor, resulta coherente y bien organizado. Incluso en algunos momentos, sobre todo cuando hace sociología de la Transición política y cultural española, es brillante. Por supuesto que los fans de Albert Boadella, entre los que me cuento sin reservas, estamos encantados de tenerlo entre las manos, pero sinceramente, del tema y de su autor, esperaba más cosas. ■